

# Presencia de la Filosofía en la Universidad de Antioquia: cuarenta años del Programa y veinticinco años del Instituto

Eufrasio Guzmán Mesa

Una mirada a la historia de la Universidad de Antioquia nos pone de relieve un hecho importante: desde su fundación está presente la filosofía, pero han variado sus formas, los compromisos y el modo de cultivarla. Es disciplina fundacional, al lado de la gramática y del latín. En un comienzo, la Filosofía, por nacer la universidad estrechamente relacionada con la comunidad franciscana, está vinculada a sus propósitos confesionales y se enmarca dentro de la tradición escolástica. Pero a ese comienzo rápidamente le sucede una exigencia: en 1808, Camilo Torres, como asesor de la Audiencia Real, se negó a aprobar los planes de estudio propuestos por los franciscanos y exigió que incluyeran una apertura hacia la razón. Camilo Torres, en ese momento, estaba en armonía con la Ilustración que acompañó algunos de los proyectos de los Borbones. Considero este conflicto inicial muy revelador, pues el estudio de la Filosofía oscila, en ese comienzo y hasta épocas muy recientes, entre los horizontes de la razón y la influencia de la fe y de los dogmas a veces disfrazados de formas algo autistas de concebir la disciplina.

En términos generales, yo afirmaré que la Filosofía ha cumplido un papel al lado del conocimiento, la ilustración y el cultivo de una racionalidad saludable. Entre 1822 y 1828 van a tener importancia las ideas de Jeremías Bentham, impulsadas por Santander, pero ya en 1834 vuelve Bolívar a introducir visiones no tan saludables, y la Universidad retorna a un cierto oscurantismo llegando a convertirse en

patio de caballos. Entre 1830 y 1834 permanece cerrada toda cátedra.

Hago este recuento brevísimo para ponderar el comienzo del actual Instituto de Filosofía, el cual emerge con fuerza e independencia frente a una relativa servidumbre que Javier Escobar ya describió en otro lugar.<sup>1</sup> Digo relativa servidumbre, pues quizás el momento estelar de la Filosofía en nuestra universidad se desplegó en lo que fue el Instituto de Estudios Generales en los años sesenta del siglo pasado; ahí la Filosofía era el centro de la formación, pero sufrió una delicada amenaza que no fue la de la fe, sino la del dogmatismo materialista de corte pragmático y este la llevó a una situación sin la cual no se comprende la génesis del actual Instituto.

El Instituto de Filosofía es una unidad académica que se originó en 1988, en un Departamento que consideró que la figura de Instituto era la más adecuada para el impulso a su vocación investigativa, en una atmósfera que he descrito en varias publicaciones como pluralismo, respeto por la diversidad y variedad de maneras de investigarla y trabajarla. Ese Departamento se originó a su vez en la sección de Filosofía que se organizó alrededor de un programa de pregrado aprobado en 1975. Esa sección de profesores de Filosofía estaba adscrita inicialmente al Departamento de Humanidades de la antigua Facultad de Ciencias y Humanidades que había surgido de la disolución del Instituto de Estudios Generales.

Se puede afirmar que el dogmatismo materialista no solo ha cumplido un papel en la historia del país, sino que sigue perturbando la marcha de la universidad, queriendo someterla a su sesgada concepción. Si hubiera que señalar un evento significativo del actual Instituto para abrir la mente colectiva, enriquecer la cultura y aclimatar la convivencia, yo señalaría el haber auspiciado el gran Congreso Iberoamericano sobre Pluralismo del año 2008, no solo por sus dimensiones, sino por la perspectiva impulsada de plena vigencia en medio de un ensayo de proceso de paz con la insurgencia armada.

La aspiración central de la Filosofía y del propio Instituto es, como ya lo expresó Hobbes en 1651, que la razón se convierta, como el pan y el vino, en alimento para la especie. En términos más contemporáneos, la aspiración de la actividad filosófica es integrar su actitud, más que sus doctrinas o teorías, a la cultura, al examen de los modos de comprensión, a la convivencia, y en eso coincide con la ciencia de una manera dinámica. En el Plan de Cultura trazado en 2011 para la ciudad se afirma: “Los planes de cultura, que son planes de ciudad, deben servir para afrontar retos éticos y políticos que se requieren para crear capital humano, social y cultural para el desarrollo de la urbe e implican la valoración social de la cultura y de la ciencia”.<sup>2</sup> La innovación, en muchos casos, se nos presenta como un bien en sí y no sobra advertir que como especie somos seres insaciables en nuestra avidez de novedades. Omnívoros, no sobra recordar que también la innovación es volver a mirar lo realizado y repensarlo, y esto es una tradición importante de la Filosofía. Para acercarnos a la cultura vale recordar una definición operativa de cultura: Cultura es todo el flujo de información que circula por medios conductuales y así la distinguimos de la información que circula por la vía genética. Si bien la Filosofía y la ciencia son el centro de este planteamiento sobre innovación y cultura, es necesario plantear el

diálogo entre estas formas de conocimiento y los saberes populares en el marco de la democracia cultural y de la construcción compartida de la ciudad.

Yo considero importante este esfuerzo por equiparar las formas de conocimiento, pero quiero señalar que en los flujos de información que nos nutren, nos fundan o le dan sentido a la vida hay unos de mayor calidad, hay otros muy intensos que nos emocionan y cambian como el arte. La calidad la pongo en perspectiva y señalo de manera central que hacer descripciones lo más objetivas posibles, ofrecer explicaciones satisfactorias, hacer predicciones eficientes son un indicador de alta calidad en el conocimiento. Quiero aseverar que no todas las informaciones que circulan tiene la misma calidad y que pueden entrañar saberes diferentes. Si queremos alcanzar metas de importancia tenemos que exaltar las formas del conocimiento que soportan las verificaciones y las comprobaciones más exigentes. Ese espíritu de respeto por la construcción más depurada está en la base de la Filosofía y de la ciencia y a ello podemos llamar calidad. Sobre la calidad debemos tener una visión rica, polifacética e incluyente: “La calidad como **principio** implica pertinencia, relevancia, suficiencia y equidad; como **proceso** implica oportunidad, sinergia, sostenibilidad, transparencia, flexibilidad e innovación; como producto supone equidad, eficacia para aplicarla”.<sup>3</sup> Y hay un giro importante que debemos dar y tenemos que ser capaces como universidad, como ciudad y como región de generar riqueza y bienestar con conocimiento y no con viveza, astucia y marrullería.

Está ya muy largo el capítulo en el cual se celebra la astucia, la capacidad de tomar riesgos exagerados y no respetar la ley para lograr riqueza. Nuestro mayor reto es ser capaces de darle la vuelta a ese capítulo macabro de nuestra historia que señala que el talento del bueno es el de los vivos que se enriquecen a como dé lugar y el talento del malo es el de los que se



ODRA, collage @Instagram de la obra *El hombre creador de energía*, Rodrigo Arenas Betancourt, 2015

dedican con entereza a tareas como la Filosofía, la ciencia o el arte. Hay otras cosas que advertir. En el campo de la antropología, la sociología, la historia y la psicología muchos se están conformando ya con una simple narración, con relatos amenos, con esfuerzos difíciles de evaluar y clasificar. Es ya un lugar común peligroso afirmar que entre nosotros la literatura reemplaza a la Filosofía y a la Filosofía social. El reto del conocimiento de lo humano nos enfrenta a un reto mayúsculo: son las disciplinas que requieren más inversión, tesón, perseverancia y capacidad, y, paradójicamente, en esos estudios se refugian en ocasiones los cerebros menos dotados para las marchas de largo aliento.

Las crisis en las ciencias sociales y humanas desde el siglo xx, en todo el planeta, no las remedian las generalizaciones irrestrictas de los métodos fenomenológicos con su valiosa consideración del mundo de la vida o el adoptar puerilmente una actitud aparentemente hermenéutica de interpretación del todo se vale, tampoco la mera exégesis de conceptos o nociones resuelven los asuntos que requieren la confrontación y el examen crítico de los asuntos públicos. No podemos cejar en el esfuerzo por explicar adecuadamente, con teorías coherentes y serias, toda la debacle moral y toda la crisis en los valores; es necesario denunciar, enfrentar y estudiar el desplazamiento, la injusticia y la corrupción descomunal, no podemos dejar de lado la búsqueda de leyes y tendencias de fondo en los asuntos humanos.

Estos son temas y problemas que la Filosofía afronta en el Instituto desde hace más de veinticinco años con especial conciencia del rigor y

de la formación estricta y al más alto nivel. Y por ello hablar de Filosofía para la cultura implica hacer conciencia social de este panorama complejo, exigente pero indeclinable. No va esto en contra del reconocimiento y de la inclusión de los saberes populares, no va en contra de las tradiciones que vale la pena defender; se inscribe este planteamiento en la necesaria crítica cultural, tan escasa en nuestro medio, que todo lo aplaude pero no explora límites y posibilidades. Esta es la importancia de la actitud filosófica y a eso es a lo que le apunta la acción del actual Instituto de Filosofía que encarna y le da contenido a una actitud y una actividad que está ligada a la universidad desde que era un Colegio de franciscanos hace ya más de dos siglos.

## Notas

- 1 Escobar, J. (1998). "Filosofía" en: Uribe de Hincapié, M. T. *Universidad de Antioquia: Historia y presencia*, Medellín, Editorial Universidad de Antioquia, pp. 559-561.
- 2 AA. VV. (2011). *Plan de Desarrollo Cultural de Medellín 2011-2020. Medellín, una ciudad que se piensa y se construye desde la cultura*, Medellín, Alcaldía de Medellín / Universidad de Antioquia.
- 3 Sandoval Casilimas, C. A. (2011). Intervención en Panel sobre la calidad, Medellín.

**Eufrasio Guzmán Mesa** es escritor, investigador de la literatura y la poesía, ha sido además ensayista y profesor de Filosofía de la Universidad de Antioquia desde 1981. Ha realizado investigaciones sobre las obras del poeta cubano José Lezama Lima y sobre el escritor antioqueño Fernando Vallejo. Ha publicado los libros: *Del patio y el velamen*, *De la navegación*, *Respiración de la casa* y *El río de la lengua*.